

compromiso de verdad histórica, reclama dar cabida a la voz de las víctimas de ETA. Echa de menos, para finalizar, la creación de un centro que, en su universidad –la EHU/UPV-, sirviera como cauce para poder dar forma al cruce de relatos, de un lado y otro.

A partir del concepto de “comunidad de memoria”, Ander Gurrutxaga propone a su vez “dos enseñanzas y una reflexión”. La primera enseñanza la apoya en Isaiah Berlin, quien escribiera que “estamos condenados a elegir, y cada elección puede entrañar una pérdida irreparable”. La segunda se inspira en R. Dworkin y en su concepto de la responsabilidad personal en cuanto al rumbo que imprimimos a nuestras propias vidas. La reflexión, en fin, rebaja el peso del poder de la política, como instrumento para remediar todos los males... Recalcando la pluralidad de la sociedad vasca, Gurrutxaga insiste en que falta un acuerdo sobre la narrativa acerca de ETA, sobre qué ha sido y qué representa en el pasado reciente de esa sociedad. Y, en especial, destaca que el discurso nacionalista radical no ha elaborado teoría alguna sobre la responsabilidad, y sobre los límites de “lo posible”.

Haciéndose preguntas que los propios nacionalistas radicales no se han atrevido seguramente a plantear, el sociólogo va repasando las contradicciones entre lo que ETA pretendía hacer de Euzkadi y lo que Euzkadi es, en realidad: “No deja de ser paradójico que la organización que quería ser vanguardia del movimiento de liberación nacional, termine su andadura sin ser vanguardia, sin movimiento y sin liberación nacional”. Indagar por las causas no es tarea fácil para la propia ETA o su entorno, reconoce, porque “probablemente las preguntas y las respuestas lleven a desempolvar el drama de muchos de los que la acompañan en este funesto viaje (...) Quizá no encuentren respuesta, o quizá decidan prescindir de la pregunta porque la supervivencia pesa más que la búsqueda de la verdad” (pp. 254-255). Gurrutxaga no deja, sin embargo, de intentar ofrecer una salida a la situación de equilibrio inestable, acentuado quizá por la crisis, que sitúa en un pragmatismo ético y político que lleve al centro de la vida en el País Vasco –una *vida buena*- una agenda de *memoria y libertad*.

Elena HERNÁNDEZ SANDOICA
Universidad Complutense de Madrid

PEIRÓ MARTÍN, Ignacio, *Historiadores en España. Historia de la Historia y memoria de la profesión*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2013, 404 pp.

“Incluso en el ámbito de los maestros del pensamiento histórico que han alcanzado el reconocimiento de la profesión y de la sociedad española, la historia de nuestra literatura histórica se ha construido sobre una suma de imágenes fortuitas y adhesiones superficiales, recuerdos nostálgicos y dedicaciones incondicionales”. Ignacio Peiró Martín, profesor titular de Historia Contemporánea en la Universidad de Zaragoza

y coordinador académico del Seminario de Historia de la Historiografía Juan José Carreras (IFC), no se limita a subrayar estas deficiencias sino que, con una actitud valiosamente constructiva, aporta la solución a esta carencia realizando un profundo trabajo en torno a la historia de nuestra profesión en España.

Si el conocimiento histórico es esencial para que el ser humano y las sociedades se comprendan a sí mismas, de igual importancia resulta para los historiadores conocer de dónde vienen y en qué contexto profesional se encuadran, para así hacer frente a su importante labor con discernimiento y responsabilidad. Ignacio Peiró tiene una clara conciencia de ello, lo que muestra su extensa obra sobre las diferentes etapas, actividades o protagonistas de la historiografía española. En esta nueva publicación, del año 2013, Peiró va un paso más allá: hace un recorrido de la historiografía española desde los orígenes de su institucionalización en España que culmina con una reflexión sobre el estado de nuestra profesión en la actualidad, analizando las carencias que sufrimos y los retos a los que nos enfrentamos.

A lo largo de cinco capítulos persigue explicar la historia de la profesión de historiador en España durante el siglo XX. Quiere reconocer el carácter disciplinar de la historia de la historiografía, destacando la complejidad teórica y metodológica que ello conlleva, el problema entre la Historia y su historia. Para ello se centra no sólo en la naturaleza cognitiva de los estudios históricos (los objetos, métodos y discursos de la historia), sino también en los propios historiadores, sus formas de representación del pasado, los procesos de institucionalización o el uso que hacen del relato histórico. Tras una primera parte destinada a proporcionar al lector una perspectiva general de la historiografía española desde su institucionalización, los capítulos restantes conforman un recorrido cronológico por las diferentes etapas, hasta culminar en los tiempos actuales que nos ha tocado vivir, desarrollando unas breves reflexiones de cara al futuro.

De este modo, el primer capítulo muestra la proyección histórica de la profesión del historiador, analizando los elementos surgidos de la España de entresiglos así como los puntos y etapas principales de su institucionalización hasta la época de la Transición. Si bien las etapas tratadas en este capítulo se desarrollan más adelante en los siguientes, es una introducción oportuna y clarificadora para que el lector pueda situarse en el contexto político e intelectual de lo que después se tratará con mayor detalle. Sin este capítulo, a modo de preámbulo, el exhaustivo análisis de la historiografía española desarrollado en los siguientes sería más arduo de comprender. Peiró muestra aquí una gran capacidad de síntesis, mostrando su dominio sobre la materia y siendo capaz de señalar los diferentes campos que quedan todavía por explorar, como el de la historiografía del exilio (llama la atención que no se señalen algunas de las obras de esta historiografía que, por otra parte, empieza ya a despuntar).

El segundo capítulo analiza con mayor detalle la evolución de la historiografía española desde finales del siglo XIX hasta la década de los años treinta del siglo XX. Lo hace de forma original, sirviéndose de la figura de Rafael Altamira como pretexto para ilustrar la circulación europea de la *cultura histórica* y los caminos hacia la internacionalización. A través del viaje que Altamira realiza a París en 1890 Peiró nos muestra la influencia que tuvo en España la historiografía francesa de la III República, la internacionalización de una historiografía cada vez más interconectada

entre los diferentes países europeos, y el surgimiento de un sentimiento de patriotismo nacional que crece en el seno de los historiadores por influencia, entre otros, de Fichte. Es indudable el conocimiento de Peiró sobre la historiografía europea del momento, contextualizando y enlazando hábilmente los vínculos que las historiografías francesa y española comenzaban a formar. Hubiese sido interesante que se hubiese dedicado algún apartado del capítulo al análisis de la situación en España y al trabajo de otros historiadores españoles del momento, ya que no termina de quedar claro si Altamira es el representante de una mayor comunidad de historiadores que siguieron los mismos pasos, o si más bien fue una excepción en una España claramente atrasada con respecto a Europa que no comenzó a despuntar sino hasta ya iniciado el siglo XX.

El tercer capítulo sigue el modelo del anterior, tomando esta vez la figura de José María Jover como símbolo de los nuevos caminos que empezaron a abrirse paso a través de una dictadura que controlaba el propio campo profesional de la historiografía. Se recalca la importancia de la evolución de este historiador del modernismo al contemporaneísmo como forma de buscar respuestas y comprometerse, de la mano de sus debates sobre los límites de lo contemporáneo, entre lo que considera la época moderna (donde estaría integrada la historia contemporánea) y la época actual o *Zeitgeschichte*. Acorde con los tiempos, Jover viajó esta vez a Alemania, lo que Peiró aprovecha para analizar la historiografía alemana y su impacto en los trabajos de algunos historiadores españoles.

A continuación, en el capítulo IV, Peiró analiza las diferentes etapas de la historiografía española durante el franquismo. Con ello se ofrece una mejor comprensión de lo que supuso la figura de Jover, ya que se proporcionan muchas de las claves del contexto político y profesional del momento sin las cuales su papel en la historiografía española queda desligado y aislado del entorno. Queda impecablemente reflejada la rivalidad entre historiadores “innovadores” y “conservadores o renovadores”, así como la reconstrucción que se ha venido haciendo de esta memoria donde se “afirma la existencia de una tendencia liberal en el espacio colectivo de la historiografía franquista”. El terreno de los años cuarenta, aunque yermo intelectualmente, queda apenas reflejado en la exposición, salvo en algunas menciones a tesis leídas en esa década. Desarrolla más notablemente las décadas de los cincuenta y sesenta, especialmente los debates en torno al concepto de liberalismo y su utilización académica y política por lo diversos historiadores, si bien Peiró no aclara o establece su propia concepción del término, algo que hubiese resultado de gran utilidad e interés al ser uno de los principales hilos de su discurso. El contexto político e intelectual del franquismo puede resultarnos más próximo, pero se hubiese agradecido una exposición introductoria un poco más general, ya que la exposición de autores y obras hace que a veces se pierda un poco la narración y la visión de esos hechos en su conjunto.

El epílogo es sin duda un magnífico broche final, ya que se combina el análisis de las prácticas que hemos heredado de nuestros predecesores en la actualidad, con una reflexión personal sobre el presente y sobre cómo debemos afrontar el futuro. Peiró hace una dura (y necesaria) crítica sobre la negativa de gran parte de la comunidad historiográfica española a cuestionar los orígenes de la profesión, diferenciándose dos posiciones: el simple rechazo a su presencia alegando que son

de escaso interés, o la actitud de complicidad con los miembros de esa comunidad que nos ha precedido. Alerta de dos grandes males actuales: el revisionismo histórico y la patrimonialización política del pasado, y de cómo las biografías, recuerdos y homenajes no han sino favorecido al desarrollo de un territorio historiográfico más sentimental que científico, alejado de la crítica. Para finalizar el capítulo y la obra, Peiró recomienda una serie de pautas que todo historiador debería seguir: recuperar la complejidad del pasado mediante la asimilación crítica de las responsabilidades basadas en la “autocomprensión” del historiador, ser independientes (económica, intelectual y políticamente) y debernos a la verdad.

La profusión de citas a lo largo de la obra no sólo demuestra la profundidad con que Peiró ha analizado el tema, sino que resulta una excelente guía para profundizar en algunos de los temas que, por la configuración y extensión de la obra, no se han podido desarrollar más. Muchas de las épocas y protagonistas de la obra han sido analizados más profundamente en diversas monografías (entre ellas del propio autor), pero el propósito de este libro, alcanzado en gran parte de sus contenidos, es el de proporcionar al lector una visión global y con perspectiva de todo el proceso de formación de nuestra profesión en España. Lo que lo hace también atrayente y lo que le diferencia de esas otras obras que tratan temas similares, es esa reflexión final sobre la profesión del historiador en nuestros días. Sin dejar de ser crítico con ciertas posturas, Peiró lanza un mensaje positivo sobre nuestro futuro, siempre y cuando el historiador siga ciertos principios morales. Cualquier historiador se beneficiará con la lectura de esta obra, ya que le permitirá conocer sus orígenes y, lo que es más importante, le hará reflexionar sobre el camino a seguir y sobre su función. Si algo queda claro en la visión de futuro de Peiró, es la necesidad de los historiadores de ser conscientes de su *responsabilidad*, de las consecuencias que pueden tener sus acciones. Al fin y al cabo, como dijo Hobsbawm: “la historia mala no es historia inofensiva. Es peligrosa. Las frases en teclados aparentemente inocuos pueden ser sentencias de muerte”.

Alba FERNÁNDEZ GALLEGO

Universidad Complutense de Madrid

RAMOS, María Dolores (coord.), *Tejedoras de ciudadanía. Culturas políticas, feminismos y luchas democráticas en España*, Málaga, Universidad de Málaga, Colección Atenea, 2014, 374 pp.

Esta obra colectiva escrita en el marco de la Historia de las Mujeres y la Historia de género, caracterizada por sus numerosas aportaciones a la historiografía en las últimas décadas, representa un novedoso avance del conocimiento histórico sobre la ciudadanía, las culturas política, los feminismos y la acción colectiva en España durante los siglos XIX y XX. El desarrollo de estos aspectos revela la